

do el Señor, y a ella sucedía el momento solemne de la transformación sacramental, que se hacía con el relato escueto y exacto de la institución eucarística. Ninguno de los presentes podía olvidar las frases sagradas que entonces habían salido de la boca de Cristo, tres frases sencillas y que podía comprender todo el mundo, pero al mismo tiempo cargadas de una virtud infinita. Si en la primera parte, en la oración de acción de gracias estaba permitido dejar las olas más o menos libres a la inspiración y al fervor del momento, dentro siempre de las ideas fundamentales que se recordaban de la noche del Jueves Santo, en la segunda era necesario atenerse a una fórmula fija y absolutamente invariable, que se engastaba en el centro de la gran plegaria.

Esquemático y elemental se nos presenta en su forma externa el rito de la fracción del pan, según estas primeras noticias que de él tenemos. Los Apóstoles habían recibido de Jesús el mandato de realizarle, y este mandato les había sido dado en medio de una comida litúrgica del pueblo hebreo. Elementos esenciales de él debían ser la acción de gracias, que sigue a la comida, y el «cáliz de bendición», íntimamente

unido a ella. Como introducción a la oración de gracias resonaba en la estancia una invitación del que presidía a los demás comensales, invitación que ya en este primer periodo debió hacerse con esta doble fórmula: *Sursum corda* y *Gratias agamus*, que encontramos en la tradición litúrgica de todos los pueblos cristianos sin la menor variación. La oración, que en su modelo precristiano era una simple acción de gracias por el alimento recibido, se llenó de un contenido nuevo. Por los cantos celestes que, según el Apocalipsis de San Juan, cantaban los bienaventurados al Cordero, podemos imaginarnos lo que era la liturgia de esta comunidad terrena cuando, presidida por uno de los ancianos, se reunía para celebrar la Eucaristía. La consagración del cáliz de bendición debió ya, desde estos primeros días, hacerse a continuación de la consagración del pan, y un indicio de esto nos lo ofrece el hecho de que en todas las liturgias se alude sólo a la recomendación del Señor: «Haced esto en memoria mía» —la anamnesis—, al fin de la segunda consagración. Ya San Pablo nos hace pensar en esta unión cuando dice: «Siempre que comiereis de este pan y bebiereis de este vino, anunciaréis la muerte del Señor».

